

do, era un vecino nuestro de Palermo que llevó el tango a París, era autor de *La Morocha*; y luego conocí a los Greco. Payadores he conocido a muchos, pero esos no tenían nada que ver con el tango, no les gustaba.

—Y, ¿no conoció a don Pascual Contursi?

—Conocí a una hija o nieta de él que se llama inevitablemente Gladys Contursi, que fue a verme a la biblioteca. El que hablaba siempre de Contursi era Lugones. Él me recitó unos versos que me dijo que eran de Contursi y que sospecho que eran de él, porque he hablado con amigos y me dicen que esos versos no se encuentran en los de Contursi y dicen así: «Acordáte de la cruz/ que te regaló tu hermano/ y del huevo de avestruz/ sobre la mesa de luz/ en el cajón de Cinzano»; se me hace por la rima que puede ser de Contursi. Luego, Lugones dijo: «En estos versos Contursi es Dante»; es decir, el máximo elogio; pero me han dicho que no, que fue una broma de Lugones. Habría que investigar eso a ver si son de Contursi o no.

—Se puede investigar...

—Pero a usted ¿le suenan como de Contursi?

—No tengo idea, ¿usted cree que son de Lugones?

—Yo creo que sí.

—Pero «el huevo de avestruz arriba del cajón...», no sé hasta dónde puede ponerlo Lugones.

—«El huevo de avestruz/ sobre una mesa de luz» es un tipo de rima que se da en Lugones, ¿qué otra cosa podía darle el malevo a la p... de su hermana, mejor, sino una cruz?...

—Pero a usted le han pasado cosas curiosas con el tango, con ese otro tango que usted rechaza.

—¿Cuál?

—Porque uno termina conociendo mucho a Borges...

—Qué le vamos a hacer...

—Por ejemplo, usted se ha descubierto en este momento, cantando tangos de este tiempo, a veces afeitándose descubre que canta «Que me amuraste».

—Bueno, ocurre otra cosa; yo estaba en el año sesenta y uno en Austin, Texas, un territorio que yo quiero mucho, y había un señor paraguayo y me hizo oír unos tangos, yo estaba avergonzado, se llamaban *A media luz*, *La cumparsita*, no recuerdo los otros, y pensé, qué horror, voy a tener que simular que me gustan y a mí me parecen una vergüenza. Luego me di cuenta de que estaba llorando, es decir, que mi cuerpo lo sentía de otro modo.

—No necesitó simular.

—Sí, pero qué raro; por un lado, mi entendimiento decía que esos tangos son malos y, por otro lado, estaban cargados de recuerdos de Buenos Aires; por lo que fuere yo lloré.

—Entonces está bien cuando su hermana Norah, a la que le gusta Gardel, le dice: «Oí, la voz, la voz».

—Sí, es cierto, por ejemplo yo estoy conversando con ella, de pronto enciende la radio y dice: «La voz» y sale corriendo, y sin embargo yo creo que no le gusta.

—Pero usted ha dicho, «recién cargado de recuerdos».

—Sí, supongo que es eso.

—Entonces, de Gardel se dice que cada día canta mejor.

—Eso quiere decir que sigue cantando en la memoria de los hombres. Si cada día canta mejor, sigue cantando después de su muerte corporal.

—Y ¿qué significa seguir cantando en la memoria de los hombres?

—¡Caramba!, le parece poco, eso es más que la gloria. Qué importa mi opinión personal sobre Gardel comparado con eso; además, tengo la impresión de que no ha podido ser reemplazado, los que cantan tangos ahora no lo hacen como él. Creo que todos pensamos eso.

—Es un juicio suyo también y es favorable a Gardel.

—Pero, ¿por qué no?, si yo no quiero emitir juicios desfavorables a nadie.

—Desde hace varias conversaciones hemos dejado en el tintero una que habíamos prometido...

—Por dejar en el tintero, el universo, que es infinito...

—...aunque quizás el universo esté en esos versos de Contursi que usted cree que son de Lugones. El universo puede estar en tantas cosas... Entonces, lo que nos está debiendo es una explicación sobre su relación con la gente, su trato cotidiano con las personas, aún con aquellos que no lo han leído...

Borges y la gente

—Yo he sido testigo de una cosa que es realmente conmovedora; ver gente sencilla que quizás esté en desacuerdo con muchísimas opiniones expresadas por Borges en sus entrevistas...

—La gente sabe las opiniones superficiales, lo menos importante que hay en un hombre.

—¿Lo menos importante?

—Yo creo que sí, que más da, se puede tomar un partido u otro.

—Pero esto no es superficial, el trato conmovedor, agradecido, respetuoso, que le da la gente a Borges todos los días, en el taxi, en la calle...

—Yo creo que ven en mí a un representante de la literatura o de la poesía y eso no es personal. Lo que se quiere en mí es la idea de un poeta, la idea de un hombre de letras, de un hombre dedicado a una tarea tan poco lucrativa como la literatura, la vejez y la ceguera, además... que son, como dije hace un rato, dos cartas fuertes.

—Pero no, Borges, porque si fuera nada más que eso irían a oírlo a las conferencias, a pedirle autógrafos para sus libros, a sus clases.

—A usted también le piden autógrafos.

—Pero usted, ¿siente ese cariño, siente ese respeto?

—Sí, lo siento con gratitud, no sin asombro. Jamás pensé que iba a ser popular, no creí que mis libros fueran leídos. Cuando yo le dije a mi madre que en un año

había vendido 37 ejemplares de *Historia de la eternidad*, en una librería de la calle Florida, ella no quiso creerme. Tuve que mostrarle el documento. Yo quería escribir a cada uno de esos lectores y pedirles disculpas por los defectos del libro, prometerles uno mejor. Claro que treinta y siete es algo que uno puede imaginar, pero 37.000, no. En cambio ahora los libros se venden por miles, ya mil es una cifra tan alta que no puedo imaginármela.

—*¿Es vergonzoso no tener éxito en esta sociedad de hoy?*

—No, yo creo que quizás es vergonzoso tener éxito. El fracaso es superior al éxito. La derrota puede ser más rica que la victoria, estoy seguro. La victoria puede llevar a la jactancia; en cambio, la derrota, no; puede llevarnos a pensar que el otro tenía razón; puede ejercer un efecto ético noble. La victoria, en cambio, lleva a aniversarios, a corroboraciones, a mármoles...

—*Había algún escritor, amigo de su padre, que se avergonzaba de vender muchos libros.*

—Sí, Arturo Cancela, que le explicaba a mi padre que la gente decía que iba a vender muchos libros para desacreditarlo, pero que era falso, que él vendía muy pocos. La verdad es que vendía muchos, con toda razón, porque era un excelente escritor.

—*¿De cuándo viene esta costumbre de la necesidad del éxito para poder vivir?*

—No sé, tiene que venir de EEUU y de Francia, ésta parece una idea ajena a nuestro medio...

—*Desde Napoleón...*

—Tiene razón usted, como el hábito de dar nombres de personas a las calles, es una costumbre francesa realmente horrible y aquí prevalece. Lugones prohibió que se diera su nombre a una calle, sin embargo hay una calle llamada «Poeta Lugones» y el hijo protestó, con toda razón. Es mejor que las calles tengan otros nombres... rue de l'Inferne, rue du Purgatoire, rue du Soleil Levant, o rue du Ciel, es muy lindo. En cambio, aquí la calle Artes se ha resignado a ser Pelligrini; Victoria, a ser Hipólito Yrigoyen; la calle de las Torres es la calle Rivadavia ahora; todos nombres mucho más feos. Cuando yo era presidente de la Sociedad Argentina de Escritores, agregué (porque lo otros no quisieron firmar), yo no quiero convertirme en una esquina, en una estación, es muy triste, pero eso lo suprimieron los otros porque todos querían convertirse en esquinas o en calles o en boulevares o en estaciones. Pero mandamos esa carta y poco después aparecieron calles con nombres de personas. No creo que en Inglaterra haya una calle Shakespeare, estoy seguro de que no existe, pero en Francia y en Estados Unidos hay lo que algunos denominan el deseo de la difusión del nombre. Un escritor de programas cuyo nombre no creo recordar, me dijo: «Yo preciso esto para mi promoción», —¿No te da vergüenza hablar de vos, le dije, como si fueras un producto, como Shell?

—*Usted ha dicho que mientras los argentinos tenemos pasado, la naciones europeas, no; que nosotros tenemos pasado porque es chico y pesa sobre nosotros.*

—Pero eso es un error mío, lo dije en el año treinta, ahora no creo en eso. Uno siente en Europa el peso del tiempo y aquí se siente lo nuevo de las cosas. Por ejemplo, cuando uno pasa de Francia a Italia, uno siente que Italia es más antigua, que

allí han sucedido más cosas, se siente la gravitación del tiempo, que es benéfica, y en Egipto ocurre lo mismo, lo demás es relativamente nuevo. Aquí, desde luego, tenemos una historia tan breve, ¿cuándo nacemos?, en 1816, en 1810, quizá, no se sabe.

—*En 1776, con el virreinato...*

—Bueno, en una época tan melancólica y tan pobre... eso se comprueba leyendo los dos tomos de *Los Coloniales*, de Rojas. No se escribió absolutamente nada, y lo que se escribió era mínimo.

—*A su madre no le gustaba decir que era criolla porque, usted lo ha explicado, se sentía criolla y no había que andar diciendo esas cosas.*

—Sí, ella se lo dijo a Güiraldes, cuando él le mandó las pruebas de *Don Segundo Sombra*: «Vos sabés que yo detesto las criolladas, pero he estado leyendo el libro hasta las tres de la madrugada...». Mi madre descubrió en ese libro una palabra que todos ignorábamos, que se hizo popular luego: resero; antes se decía tropero, o en la provincia de Cuyo o al Norte, arriero, pero la palabra resero debió su divulgación a Güiraldes y ahora hay un monumento al resero, estampillas con resero y eso es una prueba del éxito del libro. Si no hubiera tenido éxito *Don Segundo Sombra* nadie conocería la palabra resero.

—*¿Usted siente la existencia de lo criollo?*

—Sí, pero no sabría definirlo, además creo que soy criollo y por eso no debo acentuarlo. Hay algo esencialmente argentino, cierto pudor, por ejemplo, cuando Banchs escribe: «Como un sudor mágico dan flores los árboles,/ el sol en los tejados y en las ventanas brilla,/ ruisiñores quieren decir que están enamorados». Yo siento esos versos como argentinos, aunque no hay ruisiñores aquí, no hay tejados tampoco; hay azoteas; pero que el poeta, hablando de algo tan íntimo, como lo que él sintió cuando lo dejó la mujer en el año de 1911, recurra a símbolos retóricos, que no pertenecen a este país, hace que sea muy argentino, que sintamos esos versos precisamente porque hay ruisiñores y tejados, que en la realidad no existen y él los ha puesto ahí por pudor, para no confesarse demasiado, aunque estaba haciéndolo.

—*¿Quiere decir que el pudor es un matiz argentino?*

—Sí, yo creo que los argentinos somos pudorosos y bastante tímidos, pero los españoles no son tímidos, los italianos tampoco; los ingleses y los americanos del Norte, no creo que lo sean; los del trópico, tampoco. La timidez es un rasgo argentino, oriental, en todo caso, de este lado de nuestra América; la gente es tímida y se admira mucho al compadre porque hay muy pocos; de hecho, casi no existen o se supone que han existido en el pasado. Quizá con la picardía ocurre lo mismo, la gente bastante ingenua admira al pícaro porque no lo es.

—*Usted ha dicho alguna vez que el gaucho era capaz de la ironía... La ironía, ¿no será una forma de ser agresivo el tímido?*

—No sé si la ironía es agresiva. Cuando le dije hace un rato eso de «lo mató un maleducado», no sé si es agresivo, más bien quiere decir que matar a un hombre es una falta de educación, algo incómodo, alarmante, algo, en suma, vanidoso y ostentoso.

—Pero hay una cosa que es verdad, que la ironía es propia de gente civilizada, culta, refinada y aquellos pobres gauchos perdidos en la pampa, analfabetos, mezcla de indios y de otros gauchos...

—Sí, hay una página de George Land que dice que en el cielo él espera encontrar los deliciosos sabores de las frutas, de los vinos, el diálogo con los amigos y, ¿por qué no? la ironía también. Muy linda esa idea.

—Es un don el de la ironía...

—Sí, pero esperar eso en el cielo... Yo no creo que Dante se hubiera atrevido a decir eso, Dante está cómodo en el Infierno o en el Purgatorio, pero cuando llega al Cielo está perdido, muerto de miedo, los personajes no se animan a decir nada.

—Tal vez los gauchos orientales también lo sean.

—Y ¿qué diferencia hay entre unos y otros?

—Eso es otra cosa admirable en usted, que se niega a encontrar diferencias entre Montevideo y Buenos Aires.

—Porque no existen. Por ejemplo, estuve en San Juan y me di cuenta de que San Juan está más cerca de Colombia que de Buenos Aires. Somos muy distintos, pero estuve dos días en San Juan y la gente fue buenísima conmigo, pero yo sentía que estaba en un ambiente distinto, en un ambiente sudamericano y aquí yo no siento eso.

—Y ¿en Montevideo tampoco?

—Creo que no. Hace tanto tiempo que no voy a Montevideo.

—Se despidió hace dos años de Montevideo. En una entrevista dijo, «no sé si volveré a verla, pero he querido tanto a esa ciudad...».

—Es cierto, hay tantas ciudades que yo quiero, tantas patrias, sin excluir, desde luego, Buenos Aires y Montevideo; y por qué no Austin, por qué no Ginebra, por qué no Edimburgo, por qué no Venecia. Me gustaría vivir en Venecia.

—Usted cada vez está mejor de salud y más joven.

—Lo dice después de haberme oído toser, claro...

—Un hombre que tose es un hombre sano.

—Eso es verdad. Recordemos aquello de Jules Romains: «La salud es un estado precario que no presagia nada bueno».

—La idea de la muerte, del viaje final, es una idea que ¿le aterra?, ¿le preocupa?

—No, al contrario, si me dijeran que voy a morir esta noche, pensaría, ¡qué alivio! Yo he vivido demasiado, pero no puedo morir porque el sábado que viene tenemos que ir a ver «La tigresa»; un ser devorado por la tigre, pero sé que le tengo miedo a la tigre.

—El silencio de este estudio, Borges, es una vez más el signo de ese respeto que toda la gente tiene por usted.

—Sí, qué raro que se sienta la amistad, la hostilidad; todo eso se siente inmediatamente y quizá con un texto ocurre lo mismo, uno puede estar en desacuerdo con un autor, pero pensar que es inteligente. Es decir, es como si el autor, de algún modo, hiciera que su presencia influya en nosotros, de forma agradable o desagradable.

—Usted consigue un efecto con sus conversaciones, parecido al que logró Whitman cuando se convirtió él mismo en el lector de su libro. Usted nos hace creer a todos que somos inteligentes, cuando conversamos. Yo le agradezco ese don, esa conquista que lamentablemente termina cuando acaba la conversación.

—Si yo he sido inteligente, ha sido por estar conversando con usted.



Borges y Antonio Carrizo
en el Canal 7 de
Buenos Aires, 1973